

Revolledo Oidor, que fué tambien de la misma Real Audiencia.”

“Luego que el Señor Virrey oyó de boca estos Bárbaros por medio de sus intérpretes la resolución, que después de haverla conferido repetidas veces habian tomado, aprobando fué acertado dictamen, les añadió tales razones, que quedando nuevamente ilustrados, encontró fué voluntad nuevas amarras, para no dexarse arrastrar de la veleidad de su natural inconstancia, y para mantenerse firmes, rebatiendo el temor, que les surgia castigos de sus falsos Dioses. Aseguróles la Real protección, y les prometió en su nombre nuevas mercedes: favor, que acabó de aficionarlos á nuestra Santa Religión. Y viendo fué Excelencia, que estaban ya transformados estos lobos en mansos corderos, y refueltos á entrar en el rebaño de la Iglesia, era ya tiempo, que se presentassen al Pastor. A esse fin ordenó á Don Juan de la Torre, y al Capitan Don Santiago, que les conduxessen á los pies de su Ilustrísima el Reverendísimo Señor Maestro Don Frai Joseph Lanciego, y Eguilaz gloria de la siempre ilustrada, y esclarecida Religión del gran Padre San Benito, y dignísimo Arzobispo de México.”

“Luego que vió aquel zelosísimo Prelado tan rendidas aquellas fieras, y supió por los Conductores la docilidad, con que se avian ofrecido á abrir las puertas á la luz Evangélica, dandoles repetidas bendiciones, se le affonó al semblante todo el gozo, que ya no cogia en su grande corazón, y con fantasma eloquentes palabras aplaudió fué acertada determinación, les exhortó á llevarla adelante, y á perseverar confidentes hasta lograr, que la figuiesse toda su numerosa Nación. Despidióles con tales muestras de amabilidad, que fallieron de aquel Palacio no menos gustosos, por lo que les favoreció fué Paternal benevolencia, que reverentes, por lo que comunica de respeto aun á los Bárbaros tan alta Dignidad. El Señor Marqués, viendo á los Nayeres tan reducidos, no quiso, que con la dilación se entorpeciesse aquel tan importante, como deseado negocio. Trató de reducir con brevedad á la práctica, lo que se havia difcurrido mas conducente para el logro feliz de aquella empresa.”

Hasta aquí el P. Fluvia. Veamos ahora lo que en seguida de la entrevista con el Virrey pasó acerca de la misión del *Tonati*.

CAPITULO LXXIV.

(1721.)

Disposiciones del Virey de México acerca de misiones por los PP. Jesuitas en el Nayarit.—Intenta el Provincial de la Compañía de Jesús catequizar y bautizar al *Tonati*.—Astucia de éste para esquivar los propósitos de dicho Provincial.—Bases acordadas para la sumisión del Nayarit.—Regreso del *Tonati*.—Se resiste á llegar á Zacatecas y se encamina por Jeréz al Nayarit.—Viene Don Juan de la Torre á reclutar gente á Zacatecas.—Marcha para el Nayarit con 100 hombres.—Contratiempos que le acontecieron.—Nombró el Virey á D. Joseph de Urquiola para substituir á D. Juan de la Torre en esa campaña.—Marcha Don Joseph de Urquiola á Huajuquilla.—Diferencias ocurridas entre ambos jefes.—Emprende Don Juan de la Torre las primeras operaciones.—Conducta insidiosa de los nayaritas.—Dificultades con que tropezó el jefe español.—Informes alarmantes.—Ardises de los nayaritas.—Retirada de D. Juan de la Torre.—Llega á Peyotan.—Trabajos de los misioneros Jesuitas.—Consejo celebrado entre varios caciques.—Resuelven en él asaltar á los invasores.—Pérfidas proposiciones hechas á Don Juan de la Torre.

El Virey de México, deseando que no se perdiera tiempo en llevar á ejecución los arreglos hechos con el *Tonati*, mandó llamar al Provincial de la Compañía de Jesús, el Rev. P. Alejandro Romano, para recomendarle que se acompañara de otros dos Padres de la misma y fuera brevemente á abrir trabajos misioneros entre los *nayaritas*.

El citado Provincial accediendo á los deseos del Virey, señaló como coadjutores en esa obra á los Padres Juan Telez Girón y Antonio Arias de Ibarra, pero antes de partir quiso iniciar sus trabajos misioneros con los mismos *nayaritas* que se encontraban á la sazón en México. A este fin les invitó á una comida que tuvo lugar en el Colegio de San Gregorio, durante la cual les comenzó á hablar sobre los beneficios de la religión católica y los graves males que acarrearía la idolatría entre los indígenas; y dirigiéndose al

Hueytlacatl le exhortó á recibir el bautismo; pero el jefe *nayarita* astuto y previsor, supo esquivar cautelosamente una resolución definitiva, ofreciendo al P. Provincial que cuando volviera á Zacatecas lo haría.

Ningún empeño, ningún halago, ningún argumento valió para vencer la diplomática resistencia del *Tonati* á doblar la cervíz en la fuente bautismal del catolicismo; de modo que el P. Provincial se vió obligado á desistir de su propósito, que era el mismo del Virey Valero.

Pero antes de ocuparnos de la vuelta del *Tonati* á Zacatecas conviene saber á qué quedaron sujetos los arreglos ultimados entre dicho jefe y el Virey. Esos arreglos, según el historiador Mota Padilla, quedaron reducidos á lo siguiente y confirmados en junta de guerra el 20 de Marzo de 1721.

1º Que se había de amparar al *Tonati* en el señorío de sus tierras, guardándose á dicho cacique y sus descendientes los privilegios y fueros que le correspondían.

2º Que nunca habían de pagar tributo.

3º Que solo habían de conocer en sus causas los Vireyes de Nueva España.

4º Que se les debía dejar paso libre para ir á surtirse de sal á Acaponeta y Mezcaltilan, sin pagar derechos de ninguna especie.

5º Que habían de ponerse en libertad dos indios *nayaritas* que estaban presos en Colotlan y otros dos en Guadalajara, y

6º Que para poder volverse al Nayarit sin ser molestados por sus camaradas, se les debía dar escolta suficiente.

Por fin abandonaron la metrópoli de Nueva España Don Juan de la Torre, el P. Tellez Girón y el *Tonati*. Al despedirse del Virey el citado indígena, recibió de sus reales manos una cruz de oro como muestra del aprecio que le tenía.

Durante el viaje de México á Zacatecas el *Tonati* comenzó á experimentar temores acerca de su misión, pues algunos de los mismos indios que le seguían se mostraban descontentos con él, por cuya circunstancia, y más bien para quebrantar de una manera honrosa la promesa que había hecho de bautizarse en Zacatecas, manifestó con insistentes y persuasivas razones á Don Juan de la Torre, la precisa y

urgente necesidad que tenía de llegar al Nayarit para el mejor éxito de la empresa; por lo cual no le era posible llegar ya á Zacatecas. Don Juan de la Torre, á su vez, comenzó á desconfiar del *Tonati*, pero no queriendo que por alguna violencia ó paso imprudente quedara sin efecto cuanto hasta entónces se había conseguido, procuró infundir confianza al *Tonati* y lo hizo llegar á Jeréz, donde creía hacerle variar de intento. No obstante, el *Tonati* estuvo firme en su propósito, y por más que le instó Don Juan, solamente obtuvo de él la promesa de que cuando los españoles fueran al Nayarit, se pasaría á ellos con su familia.

Apesar de estos primeros desengaños Don Juan de la Torre no se descaminó, y antes bien se dió prisa á llegar á Zacatecas, donde luchando con algunas dificultades creadas por la malevolencia y por la envidia, logró al fin hacer arreglos para la recluta de la tropa que debía llevar al Nayarit, en cuyos arreglos muchísimo le ayudaron el Capitán Rioja y Carrión, y los Condes de la Laguna y de San Mateo de Valparaiso.

Así fué que el 29 de Junio comenzó el alistamiento en Zacatecas, habiéndose enganchado en pocos dias como 50 ginetes al inmediato mando del Capitán Don Santiago Rioja y Carrión. El estandarte de esa compañía se bendijo solemnemente y llevaba en el centro una imágen del Santo Cristo de la Porroquia, á cuyo milagroso poder se había confiado el buen éxito de aquella empresa.

Listo todo para la marcha salió Don Juan de la Torre con su tropa y el P. Tellez Girón para Jeréz, el día 3 de Julio de 1721. En dicha población se alistaron otros 50 ginetes al mando del capitán Don Alonzo de Reina y Narvaez.

Con solo la interrupción de unos cuantos dias fueron á unirse á ese pequeño ejército los misioneros Tellez Girón y Arias Ibarra.

Don Juan de la Torre hizo salir de Jeréz los cien ginetes referidos rumbo á la frontera del Nayarit, ordenando que lo esperaran en Huajuquilla; pero como intempestivamente se sintió quebrantado de la salud, ó mejor dicho atacado de un accidente cerebral que estuvo á punto de hacerle perder la razón, difirió su salida para cuando pudiera encontrarse estar en estado de resistir las fatigas de la campaña.

Dióse oportuno aviso de este contratiempo al Virey, pero antes de que éste dictara alguna providencia, ya Don Juan de la Torre había recobrado la salud; y por lo mismo se puso en camino para Huajuquilla. Estando ya en dicho lugar el Protector del Nayarit, recibió aviso por conducto de Don Pablo Felipe, de que los *nayaritas*, léjos de estar dispuestos á la obediencia, se preparaban á resistir con las armas la expedición de Don Juan de la Torre; pero apenas comenzaba éste á dar providencias de penetrar con su tropa en la sierra, cuando le llegó un correo de Zacatecas con una carta del Conde de la Laguna, Don Joseph de Urquiola, en la que le comunicaba que el Virey de México había dispuesto que el mismo Conde quedaba nombrado para dirigir la campaña, en virtud de la enfermedad de Don Juan, y que por lo mismo no debía emprenderse ningún movimiento hasta que dicho Conde estuviera al frente de la fuerza.

Ese incidente vino á engendrar obstáculos que retardaron por algunos dias la invasión del Nayarit, y que produjeron cierto disgusto en Don Juan de la Torre y sus camaradas de campaña. No obstante, el Conde de la Laguna, urgido por los informes de los Capitanes Rioja y Reina, que veían muy peligrosa la empresa, si la seguía conduciendo Don Juan de la Torre, se vió obligado á salir de Zacatecas, lo que hizo inmediatamente dirigiéndose á Huajuquilla acompañado de algunos vecinos de Zacatecas. Al llegar á dicho pueblo lo recibieron con demostraciones de respeto y de aprecio, no solo los soldados de Zacatecas, sino también muchos indios fronterizos, entre los cuales reparó algunos regalos con objeto de comenzar á atraérselos por medio del interés y del afecto.

La llegada del Conde, si por una parte fué motivo de regocijo, por otra dió lugar á cierta división ó desacuerdo entre los soldados de Zacatecas y los de Jeréz, supuesto que estos insistían en que Don Juan de la Torre debía ser el único jefe de la expedición, mientras que los primeros juzgaban del todo necesario quitar el mando á Don Juan por razón del mal estado de su cerebro, pues con frecuencia se le veía entrar en accesos de desequilibrio mental.

En medio de estas diferencias los PP. Jesuitas Arias y Tellez Girón se mantuvieron observando un papel concen-

liador y á veces neutral, quizá para no dar motivo á trastornar más la situación, que harto sería y comprometida estaba ya con la parcial actitud de los Capitanes y los soldados de ambas compañías.

Por fin el Conde de la Laguna, obrando con maduro juicio, sin envidia ó sin pasión, y quizás consintiendo en cierto desdoro de su propia dignidad, antes que hacer fracasar la empresa, dejó que Don Juan de la Torre cargara con la responsabilidad de los sucesos posteriores, por cuya razón prefirió quedarse en Huajuquilla como de reserva, para el caso de tener que auxiliar al citado Don Juan, quien parecía estar ya algo libre de la enfermedad moral que lo aquejaba.

En tal estado las cosas salió de Huajuquilla Don Juan de la Torre con sus 100 hombres el 26 de Septiembre rumbo al punto denominado la Puerta, que dista treinta leguas de dicho pueblo.

El día 1º de Octubre, después de algunos dias de penosas marchas y de haber atravesado por difíciles y fragosas sendas, se encontraba Don Juan de la Torre, en un punto que denominaban el Pinal, desde donde envió al Gobernador del Nayarit un indio auxiliar con el aviso de su llegada y suplicándole al mismo tiempo bajara á conferenciar con el citado Don Juan.

Volvió el indio referido trayendo un recado del Gobernador en que avisaba á Don Juan de la Torre que podia alojarse con su tropa en un lugar despoblado y sin abrigo alguno, al cual desde entónces dieron el nombre de *el Angel de la Guarda*.

Los *nayaritas* comenzaron á obrar con astucia ó con perfidia, pues aunque muchos de ellos eran de los que estaban conformes con el *Tonati* en someterse al gobierno español, acabaron por resolverse á resistir la invasión que los amenazaba. A este fin se pusieron de acuerdo varias rancherías inmediatas á la *Mesa*, que era como la capital ó metrópoli del Nayarit, tanto porque allí residía el *Tonati*, como porque en ella estaba el templo ó altar principal de sus ídolos.

Así es que mientras el citado *Tonati* y otros caciques entretenían á Don Juan de la Torre con promesas de sumisión y con estudiadas dilatorias ó pretextos, en realidad se

ocupaban aquellos salvajes de preparar un golpe súbito y alevoso, con el fin de cortar toda retirada á la reducida tropa de Zacatecas y poder así quitar la vida á los que la componían.

Este propósito quedó plenamente probado en las juntas ó consejos que celebraron varios caciques en presencia del *Tonati*, quien de algún modo comprometido en cumplir los convenios que acababa de celebrar con el Virey, de vez en cuando se esforzaba en hacerles comprender lo inconducente ó lo peligroso de tales determinaciones, aunque por otra parte se viera obligado á ceder á permanecer neutral ante la invariable y resuelta actitud de sus súbditos.

Entre tanto Don Juan de la Torre y los misioneros Jesuitas, haciendo frente á los contratiempos que se les presentaban, fueron avanzando hácia el interior de la sierra. Habíaseles casi acabado el surtido de comestibles que llevaban; pero dado oportuno aviso al Conde de la Laguna, les mandó desde Huajuquilla un regular repuesto de municiones de boca. El citado Conde, que ya habia visto el formal propósito de Don Juan de la Torre, de llevar adelante su empresa á cualquiera costa, creyó oportuno volverse con su gente á Zacatecas, como en efecto lo hizo.

El cacique de la Puerta, llamado Nicolás Melchor, de acuerdo con otros camaradas mandó invitar al Gobernador de la Torre á que pasara á su casa, pero sin ir con soldados, pues que allí le esperaban algunos caciques para conferenciar con él. Don Juan de la Torre accedió á ese convite, y acompañado solamente de algunos deudos suyos y de una pequeña escolta de indios auxiliares, se fué á hablar con el cacique Melchor, quien según afirma el P. Fluvía, era un indio apóstata que ya habia recibido antes el bautismo.

Don Juan de la Torre lo saludó afablemente y lo hizo saber el objeto de su misión en aquellas tierras; pero el indio anticipándose á otras razones del Gobernador, le respondió en nombre de todos los *nayaritas* y en un tono enérgico é imperioso, indicándole que mejor seria se devolviese con sus tropas á su casa, puesto que los *nayaritas* eran fieles observantes del culto que á su *Gran Dios* rendían, culto heredado de sus mayores; que el *Tonati* y los que lo acompañaron á México no habian obrado de acuerdo con todos los *nayaritas*; que por ningún motivo querían sujetarse á un

yugo extraño, ni admitir otra religión que la que profesaban; que si los españoles se empeñaban en proseguir aquella conquista, con las armas la rechazarían hasta vencer á los españoles ó poblar el suelo con sus cadáveres.

El Gobernador de la Torre, usando de la prudencia aconsejada por la no muy segura posición en que se encontraba, disimuló cuanto pudo la ira que le causaron las arrogantes palabras ó amenazas del cacique, y se conformó con advertirle que estaba dispuesto á no poner un pié atrás, hasta conseguir que los apóstatas cristianos que se albergaban en aquella Sierra, salieran de ella ó fueran castigados.

Por fin el cacique suplicó á Don Juan que se volviera á su campamento, ofreciéndole de una manera fingida que él y los suyos y los de otra ranchería inmediata iban á rendirle pronto la obediencia.

Sin embargo, tanto por los informes de los espías que frecuentemente enviaba Don Juan á observar á los *nayaritas*, como por las noticias que de Huajuquilla, Nostic y otros puntos se le daban, pudo saber que aquellos gentiles á pesar de sus aparentes muestras de docilidad y de quietud, estaban preparando un golpe formal y sangriento contra los españoles.

Don Juan de la Torre parecia no preocuparse con tales informes, y antes bien, dando crédito á algunos indios *nayaritas* que intencionalmente iban á verlo para desvanecer con astutas aseveraciones cualquier motivo de temor ó de desconfianza, se manifestaba resuelto á ir otra vez á la Puerta, á donde de nuevo lo habia citado el indio Melchor, asegurándole que allí lo esperaba ya el *Tonati* con todos los caciques, para terminar un definitivo arreglo.

Los Capitanes y algunos soldados, lo mismo que muchos indios auxiliares, se esforzaban por su parte en hacer comprender á Don Juan la perfidia y los artificios de los *nayaritas*, indicándole que lo más cuerdo y conveniente era retirarse al punto llamado Peyotan, cinco leguas al Norte de la Puerta. Estas razones obligaron al Gobernador á celebrar junta de guerra, en la cual se acordó la retirada á Peyotan. Diéronse las órdenes de marcha para el día siguiente, pero los *nayaritas*, advertidos oportunamente de tal movimiento y mirando que la presa que tenían en acecho

se les iba á escapar, pusieron en juego otro ardid para evitar la retirada del Gobernador.

Enviaron á un indio viejo llamado Don Pedro, de los que habían ido á México con el *Hueytlacatl*, á hacer tales ofertas á Don Juan de la Torre, que éste se vió obligado á dar orden de que se suspendiera la marcha; pero los Capitanes y los soldados, olvidaron en aquellos momentos los deberes de la subordinación y los preceptos de la disciplina militar, ordenaron la retirada y comenzaron á desfilar, obligando así á Don Juan á seguir á la tropa, aunque algo contrariado y molesto con ese proceder de sus subalternos.

El día 11 de Octubre llegaron á Peyotan, donde permanecieron hasta el 19 de dicho mes. Allí estuvo recibiendo el Gobernador la visita de varios caciques y de muchos indios que con el pretexto de ir á vender algunas provisiones á los soldados, en realidad no llevaban otra misión que cerciorarse de lo que en el campo español pasaba.

Entre tanto uno de los misioneros Jesuitas, deseando aprovechar cualquiera oportunidad para contribuir por su parte á la solución de aquella ya complicada y difícil empresa, pidió permiso al Gobernador para ir á la Puerta á conferenciar con un Congreso ó Senado de ancianos *nayaritas* que allí se había reunido para tratar de la situación en que se encontraba la provincia del Nayarit. Opúsose Don Juan de la Torre á los deseos de dicho misionero, pues en aquellos momentos era comprometido y aun peligroso un paso de esta naturaleza.

En la reunión referida se encontraba también el *Tonati*, y según refiere el P. Fluvía, ese jefe se opuso á los proyectos sangrientos de los caciques de aquella asamblea, quienes se ocupaban con grande empeño y astucia en excogitar ó concebir en el mejor plan para hacer caer en sus pérdidas maquinaciones al Gobernador de la Torre y su tropa.

Diversas fueron las proposiciones que en aquel conciliábulo de astutos salvajes se discutieron acerca del mejor modo de lograr sus iníquos fines; pero la opinión que prevaleció fué la de un indio experto y de grande influencia, llamado Don Alonso, quien manifestó que lo conveniente sería escribir á Don Juan de la Torre, citándole para una entrevista en el sitio de Coaxata; que si tal entrevista tenía lugar, lo más fácil sería dar un asalto repentino y simultáneo

á dicho Gobernador en el estrecho paso de Teaurite, donde forzosamente quedarían destruidos los invasores y satisfechos los deseos de los *nayaritas*.

Pareció bien este pensamiento á los demás caciques, de los cuales se había ya separado el *Tonati*, convencido de la inutilidad de sus gestiones entre aquella turba de desalmados y tercios caciques, y á efecto de realizar cuanto antes el proyecto del indio Alonso, partió éste el 18 de Octubre á verse con Don Juan de la Torre, á quien encontró todavía en Peyotan. Ponderole de tal modo la sinceridad de sus propios deseos y de los demás jefes del Nayarit, acerca de la necesidad de que se verificara una conferencia general en Coaxata, que Don Juan, sin fijarse en ninguna clase de observaciones y dando entero crédito al indio, dispuso la marcha para el día 20, resuelto á terminar de algún modo aquella situación indecisa, que se había prolongado más de lo que se esperaba.

Entre tanto los serranos no perdían instante para dar cabal arreglo á la meditada sorpresa que preparaban al Gobernador. Todo lo tenían previsto, todo estaba ya en orden para consumir con un solo golpe de mano la ruina ó la destrucción de aquella reducida falange de invasores, que sin más apoyo que su valor y sus armas, y sin más norte que un aventurado destino, iban seguramente á verse envueltos entre la perfidia y la ferocidad de aquellos guerreros que, á semejanza de los indomables *araucanos* de la América del Sur, habían sabido conservar incólume su autonomía al través de dos siglos de persecuciones y de guerras de parte del Gobierno Colonial.